

XV

IXTEPEJI

15 DE MAYO DE 1860

Nos retiramos para la sierra. La mayor parte de nuestra fuerza tomó la vía directa de Tlalixtac para Ixtlán, y el resto, en la cual venía el Cuartel General y la artillería, la vía de San Agustín Etla y Teococuilco. El enemigo mandó perseguir a los que se retiraban por Tlalixtac con una columna que mandaba el General Anastasio Trejo, y destacó otra mandada por el General Alarcón, contra los que nos retiramos por Teococuilco.

Al hacer el General Rosas Landa su marcha rápida hasta Teococuilco, me encomendó el cuidado de la retaguardia, y cuando me ví perseguido muy de cerca por el General Alarcón, hice una contramarcha con la fuerza que me quedaba, pues la mayor parte de ella había seguido al General Rosas Landa y obligué a Alarcón a retroceder al valle; y así pude continuar mi marcha hasta Teococuilco, que fué muy penoso por tener que hacerla por montañas y con artillería pesada.

Una vez en Teococuilco, exagerando el General Rosas Landa la falta de disciplina que en efecto había en nuestras tropas, nos manifestó que volvía a Veracruz a dar cuenta al Sr. Juárez de que éramos inmanejables. Volvió a recaer el mando por este hecho, en el Coronel Salinas, quien se adelantó solamente con su Estado Mayor para Ixtlán, con objeto de acuartelar convenientemente a la otra columna que había marchado directamente para aquel punto, y disponer lo necesario para rechazar la columna de Trejo, que sabíamos iba en su persecución, dejándonos con la fuerza en Teococuilco.

Llegó Salinas a Ixtlán, y sin embargo, nada pudo disponer en contra de Trejo, porque la fuerza que había venido por esa vía no estaba toda en Ixtlán, sino repartida en varios pueblos, donde arbitrariamente se habían alojado los soldados. Antes de que se reunieran llegué a Ixtlán con la fuerza que el Coronel Salinas había dejado a mis órdenes en Teococuilco; y como era la única disponible marché después de pocas horas de descanso hacia Ixtepeji, en donde las compañías de ese lugar y parte de la población que estaba armada; habían detenido a Trejo por dos días, batiéndolo en el rancho de la Parada.

Llegué a Ixtepeji como a las nueve de la mañana del 15 de mayo de 1860, en momentos en que casi eran derrotadas las fuerzas que sostenían nuestra causa, y Trejo ocupaba ya la población; pero mi presencia y el refuerzo de municiones que dí a los derrotados, los reanimó, y entonces batimos formalmente a Trejo, obligándolo a retroceder para Oaxaca, después de un serio y sangriento combate.

Como yo conocía el terreno mejor que Trejo, mandé por ve redas extraviadas, fuerzas que fueran a salirle a una o dos leguas a su vanguardia, y entonces destruí por completo su columna, que era de 700 hombres, pues llegaron a Oaxaca menos de 100. Esta victoria nos permitió vivir algunos meses tranquilamente en la sierra, porque el enemigo no volvió a emprender ningún movimiento contra nosotros, no obstante el considerable refuerzo que había recibido con la columna venida de México a las órdenes del Coronel Miramón.

Como pocos días antes de la victoria de Ixtepeji, había partido para Veracruz el General Rosas Landa, calificándonos de indisciplinados e incapaces de todo servicio me pareció conveniente que el señor Juárez recibiera antes que el general Rosas Landa, la noticia de esa victoria; y con ese objeto le escribí una carta que mandé con un oficial que condujo el parte del General Salinas, y le previne que no dijera nada de lo ocurrido al General Rosas Landa. Mis instrucciones fueron cumplidas con fidelidad, y se sorprendió grandemente Rosas Landa cuando al dar al Sr. Juárez los malos informes que llevaban de nosotros, supo que habíamos obtenido una importante victoria.

DOCUMENTACION

Después de escrito este capítulo, recordé un incidente de la retirada de Oaxaca, ocurrido con el General Rosas Landa, y otro de la batalla de Ixtepeji, en que tomó parte mi hermano Félix Díaz y son los que siguen:

PELIGRO DEL GENERAL ROSAS LANDA AL LEVANTAR EL SITIO DE OAXACA

Al llegar a San Agustín Etla, en nuestra retirada para la sierra y siendo perseguidos de cerca por el General Alarcón con fuerzas de Cobos, se metió el General Rosas Landa, para liberarse del sol, en una ermita situada sobre el camino, con el propósito de esperar un ataque del enemigo, que no intentó; y aunque yo no solamente no me abrigaba del sol, sino que se lo tenía a mal a los oficiales que lo hacían, me metí con él en la ermita, porque comprendí que la excitación que había en su contra, por parte de los jefes y oficiales oaxaqueños, con motivo de nuestra desastrosa retirada, era tan grande, que su vida corría peligro y me propuse escudarlo de cualquier atentado que se pretendiera cometer contra su vida. Don Luis Carbó y algunos de mis compañeros, se acercaron a la puerta de la ermita, y con señas me indicaban que me hiciera a un lado para que quedara el General Rosas Landa expuesto a sus tiros, pero lejos de complacerlos, les hice comprender que yo me proponía defenderlo a todo trance, y así pude lograr que llegara sin novedad hasta Teococuilco, en donde se separó de nosotros y tomó el camino para Veracruz.

EL TENIENTE CORONEL FELIX DIAZ EN LA BATALLA DE IXTEPEJI

El día 14 de mayo de 1860, vine a Ixtlán y en la madrugada siguiente salí para atacar a Trejo que estaba en Ixtepeji, y aunque el día anterior se nos había desertado Don Vicente Ramos con toda su caballería, como tomó camino por dentro de la

Sierra, para salir a la cañada de Cuicatlán por el rancho del Cuajilote, el enemigo no podía tener noticia de que nos habíamos quedado sin caballería.

Mi hermano Félix, que como oficial de caballería tenía gran empeño en organizar algunos soldados de esa arma, había reunido cuatro o cinco hombres montados, casi todos trompetas, que él consideraba como base para su regimiento. En los momentos en que yo atacaba por la ermita de San Miguel, al pueblo de Ixtepeji, él tomó al trote el camino de La Piedra de Lumbre para la Parada, por las Animas, tocando degüello con sus clarines que era lo único que tenía disponible. Como el enemigo podía ver desde Ixtepeji algunas banderolas sobre la cerca del camino y oía una banda de caballería que tocaba degüello, comprendió que llegando aquella columna a las Animas o a la Parada, le cortaban su retirada para Oaxaca; y creo que esto contribuyó mucho para que abandonara a Ixtepeji y se retirara hacia La Parada, que por otra parte era punto más defendible.

Ese movimiento inició su derrota sin que después pudiera remediarlo, no obstante la superioridad de sus fuerzas, y si al fin se desengañó de que no había caballería, era ya tarde para reparar la moral de sus soldados.

Después lo mandé flanquear con la compañía de Ixtepeji, por una vereda muy corta que es la del Cebollal, se la situé hasta la cumbre del Pinabete, donde él tendría que pasar dos horas después en su derrota.

XVI
HACIENDA DE SAN LUIS
TOMA DE OAXACA
5 DE AGOSTO DE 1860

Después de la batalla de Ixtepeji nos ocupamos de reorganizar nuestras fuerzas y habiéndose retirado el auxilio que trajo a la plaza el Coronel Miramón, pensamos seriamente en volver a tomar la iniciativa, para lo cual nos estorbaba mucho el gran número de abogados y empleados liberales que, huyendo de Oaxaca por la persecución de Cobos, vivían con nosotros en la sierra. Nuestra inferioridad numérica nos ponía en la necesidad de intentar un golpe de mano que el enemigo no pudiera prever; pero esto se dificultaba mucho porque todos nuestros amigos civiles daban a sus familias, que estaban en Oaxaca, aviso anticipado de cuanto nosotros pretendíamos o ellos sospechaban qué íbamos a hacer, y de ese modo hacían abortar nuestras combinaciones. Tuvimos que confinar a varios de ellos a otros pueblos de la sierra, donde no había cuarteles y cuidarnos más de los amigos indiscretos que de los enemigos.

Nos ocupábamos de los trabajos preparatorios de nuestra expedición, cuando recibió mi hermano Félix, que en el ejército conservador había sido amigo del Coronel Montero que mandaba en las filas de Cobos el 90. batallón una carta en que éste le proponía facilitar nuestro asalto y toma de la ciudad, mediante una gratificación de 10,000 pesos.

Para determinar detalladamente el servicio que Montero

podía prestar, se le propuso, en respuesta, que saliera en altas horas de la noche a tener una conferencia conmigo a un kilómetro de la ciudad en un lugar que se llama Las Pozas Zarcas. Movimos con todo el sigilo posible todas nuestras fuerzas capaces de entrar en combate y las aproximamos a cinco kilómetros de la ciudad sobre la sierra.

Me adelanté para esperar a Montero en el lugar designado, y me fuí en seguida a los arcos del acueducto de la ciudad, para cerciorarme sin ser visto, de si Montero venía solo o acompañado; pero no vino él sino que envió a su mensajero con una esquela, en la que decía que comenzaba a sospecharse de él en la plaza, y que ésta circunstancia le impedía salir, así como la de que en la misma plaza se había sentido nuestro movimiento y todos estaban muy en guardia; pero que sin efusión de sangre, podíamos ser dueños del convento del Carmen y de la fuerza que lo defendía, si nos sujetábamos a sus instrucciones que consistía en que al llegar a doscientas varas frente a la puerta del campo del convento del Carmen, hiciéramos un movimiento circular con un cigarro encendido, señal que sería contestada en la misma puerta del Carmen en donde estaba la guardia de prevención del 90. Una vez correspondida la señal, debíamos entrar en columna hasta dicha puerta, advirtiendo Montero en su esquela, que al entrar nuestra columna, correría la guardia hacia el interior del cuartel, y que ese movimiento no debía alarmarnos porque tenía el objeto de sorprender una fuerza que había en el interior del referido convento, y la cual no estaba en la combinación. El convento cierra una calle, que por eso se llama "Cerrada del Carmen", y la puerta del campo corresponde a lo que debería ser continuación de la calle.

Después supe que todo esto era un ardid de Montero para destruirnos y que las azoteas de ambos lados de la puerta del campo del Carmen estaban cubiertas de soldados, que nos habrían acibillado por completo, y que tenía en el patio una batería abocada para el zaguán. Sospechando que esto fuera así, había yo dispuesto ejecutar sus instrucciones pero solo con 50 hombres, puesto que si contábamos con el 90. no necesitábamos más para ser dueños del Carmen, y dispuse que el resto de nuestras fuerzas que llegaba a 700 hombres, atacara en dos columnas el convento de Santo Domingo, pues me pareció que si Montero de mala fe nos resistía en el Carmen, debía estar muy reforzado ese punto y descuidado el otro.

Después de haber formado este plan, regresé a encontrar

al General Salinas que debía estar al pie de la sierra; pero comenzó en esos momentos una lluvia torrencial que nos inutilizó los caminos, y puso a nuestras tropas, refugiadas todavía en la selva, en condiciones que sólo pudieran resistir fuerzas voluntarias como las que teníamos. Fué imposible durante toda la noche no sólo ejecutar maniobras, sino averiguar el lugar en que estaban los soldados que en distintas partidas se habían fraccionado, buscando abrigo contra la lluvia y contra las corrientes que tampoco permitían andar en aquel terreno. Esto impidió que diéramos al asalto proyectado para esa noche.

Al día siguiente, el 4 de agosto de 1860, calculando que sería muy difícil nuestro regreso a la sierra, porque todos nuestros soldados no volverían de buen grado, pues habían consentido en el ataque, y tenían a sus familias en la ciudad; y siendo en esos momentos tiroteados por una fuerza, que con ese objeto salió de la ciudad, hicimos un movimiento rápido sobre ella, que la obligó a replegarse a su centro de operaciones y nos establecimos en la Hacienda de San Luis, como a dos kilómetros de la ciudad, ocupando además la Hacienda de Dolores. En esa posición pasamos toda la noche, y como a las tres de la madrugada siguiente, se me presentó un desertor del enemigo, avisándome que en la noche se había movido éste sobre nosotros y que debíamos tenerlo muy cerca. Al comunicar esta noticia al Coronel Don Ramón Cajiga, que ocupaba la Hacienda de Dolores con parte del batallón Juárez, volvió el ayudante avisándome que el enemigo estaba de por menio. Dispuse entonces que el Coronel Don Manuel Velasco con la mitad de su batallón batiera al enemigo que se nos había interpuesto.

En esos momentos comenzaba a depuntar la luz del día, y vimos que a nuestra espalda había un fuerte puesto militar que nos habría impedido volver a la sierra, si lo hubiéramos intentado. Era la mitad del 9.º Batallón mandada por su Teniente Coronel Don Manuel González. Mandé batir de preferencia esa tropa por los Capitanes Don Luis Cataneo y Don Fidencio Hernández, después general, quienes lograron derrotarla, y la obligaron a incorporarse con el grueso del enemigo por el ramal de la sierra que termina en el Fortín de la Soledad.

En esos momentos fué rechazado Marcelino Cobos que atacaba la Hacienda de Dolores, y a la vez se me incorporaban los Tenientes Coroneles Cajiga y Velasco con sus respectivas fuerzas, así como los Capitanes Canseco y Hernández,

y era precisamente el mismo momento en que el General José María Cobos con el núcleo principal de sus tropas, con tres baterías y los derrotados de Dolores, atacaban resueltamente las posiciones que ocupaba yo en la Hacienda de San Luis.

Ejecutamos entonces un movimiento general, saliendo a la llanura al encuentro de Cobos; lo rechazamos quedando en nuestro poder sus cañones más pesados, y lo obligamos a retirarse a la ciudad. Dispuso entonces el Coronel Salinas, que con el batallón Morelos, mandado por Velasco y las Guardias Nacionales de Miahuatlán y Ejutla, ocupara yo la plaza de armas mientras él se dirigía contra el Fortín de la Soledad. Después de una tenaz resistencis en las calles por donde tenía yo que penetrar a la plaza, en cuya resistencia perdí yo muchos soldados y oficiales, y recibí una bala que me inutilizó la pierna derecha aunque sin tocar el hueso, logré desalojar al enemigo de la Plaza de Armas, del Palacio, de la Catedral y del convento de la Concepción, dejándolo reducido exclusivamente a Santo Domingo y el Carmen.

Comencé desde luego a horadar dos líneas de manzanas, con dirección a Santo Domingo para acercar mis columnas a esa posición, a cubierto de los fuegos enemigos, y dar un asalto al convento de Santo Domingo. Me proponía salir con mi fuerza por las casas que quedaban frente al convento y proteger el ataque desde las alturas de dichas casas. Este trabajo duró todo el día y parte de la noche del 5 de agosto de 1860. El Coronel Salinas se me había incorporado y todas las operaciones las ejecutaba de su orden.

Adelantados nuestros trabajos en condición de poder dar el asalto al amanecer del día 6, nos avisaron que el enemigo había derribado parte de la pared de la Huerta de Santo Domingo, y que por allí se había fugado. Como yo había sido herido desde las 9 de la mañana del día anterior y no pudiendo andar a pie, había andado a caballo durante el día y la noche, no estaba en condiciones de andar más y mucho menos de combatir. El Coronel Salinas y los otros jefes movieron las fuerzas hacia Santo Domingo, en mi concepto con intención de perseguir al enemigo, pero no lo hicieron por razones que ignoro.

El enemigo se evadió tomando el rumbo de Zimatlán, y después de dos días, contramarchó buscando el camino de

Oaxaca a Tehuacán y volviendo a pasar muy cerca de la ciudad.

La batalla del 5 de agosto de 1860, que dió por resultado la toma de Oaxaca, me valió el ascenso a Coronel del Ejército permanente que me mandó de Veracruz el Presidente Juárez.

Durante el segundo sitio de Oaxaca, se me había incorporado mi hermano, el Teniente Coronel Don Félix Díaz, quien prestó muy buenos servicios en el asalto y ocupación de la plaza de Oaxaca, cooperando eficazmente a esa victoria, lo mismo que a la de Ixtepeji. Uno o dos días después de la toma de Oaxaca, censuró duramente la conducta del Coronel en Jefe, delante de Don Justo Benítez Secretario del Coronel Salinas, porque no se aprovechaba la victoria para perseguir al enemigo. Con ese motivo se le mandó a perseguirlo con una columna insignificante y muy mal municionada. Para que sus soldados no se desmoralizaran por la escasez de parque, llenó de ladrillos sus cajas de municiones vacías y las llevó consigo, teniendo cuidado, por supuesto, de evitar que llegara a abrirse. Alcanzó a Cobos el 9 de agosto de 1860, lo batió en las Sedas, tomándole diez cañones y un gran número de prisioneros, entre los cuales había cerca de 400 soldados de los regimientos de Guías y Granaderos a caballo, que había derrotado. Con esta base organizó su regimiento con el nombre de "Lanceros de Oaxaca" y con él hizo la campaña a las órdenes del General Salinas.

Recobrada la capital, Don Marcos Pérez estableció su gobierno en Oaxaca, el 9 de agosto de 1860, y a poco nombró Jefe Político de Zimatlán a Don Juan Escobar y de Yautepec a Don Juan N. Hernández quienes abusando de la predilección que les tenía el Gobernador, cometían en sus Distritos todo género de extorsiones, lo cual, exagerado por sus adversarios políticos, ocasionó quejas fundadas y consiguiente desprestigio a la administración.

Conociendo el disgusto que había contra Don Marcos y la intención de deponerlo, emprendí en su favor una lucha con Salinas que era la persona principal que llevaba la voz entre los descontentos, y no me entendí con don José Esperón, porque no tenía yo amistad con él y porque sabía que se haría lo que resolviera Salinas. Me dijo éste que nada se promovería en contra de Don Marcos Pérez, si conseguía yo que ofreciera remover a los dos Jefes políticos indicados.

Estando todavía enfermo de mis heridas en Oaxaca, dije a Don Marcos Pérez un día que me visitó, que él era un hombre muy respetable y muy correcto, pero que lo perjudicaba mucho la manera con que consentía a sus jefes políticos, contra quienes había multitud de quejas. Me contestó que no tenía mas noticia de esas faltas, que simples rumores sin pruebas que las justificaran, y que él no podía abandonar a sus amigos.

Le ofrecí entonces que yo no haría ni permitiría que se hiciera nada en su contra, y que podía estar seguro de que mientras estuviera yo en Oaxaca, no se le molestaría, lo cual sabía él bien sin necesidad de que yo se lo dijera, porque mis antecedentes y relaciones con él me obligaban a proceder así: pero que no podía responder de lo que se hiciera después de mi salida que estaba ya próxima, y que tuvo lugar el 20 de octubre de ese año. En efecto, Don Marcos fué encausado con el pretexto de que no había presentado la memoria anual que requería la Constitución del Estado, y depuesto por la Legislatura el 8 de noviembre de 1860, fué nombrado Gobernador interino Don Ramón Cajiga quien nombró su secretario al Lic. José Esperón, que había sido el jefe de la conspiración contra Don Marcos, y fué el director de la política del Gobierno de Cajiga. No pudo sobrevivir Don Marcos a la decepción que le causó este procedimiento y falleció el 19 de agosto de 1861, y así perdió la República uno de sus hijos más preclaros.

XVII
FELIX DIAZ
1833 - 1860

Mi hermano Félix nació el 2 de mayo de 1833, cinco meses antes de la muerte de mi padre. Aunque la diferencia entre nuestras respectivas edades era insignificante, siendo yo el varón de más edad de la familia, me trataba y me consideraba como padre más que como hermano. Fué uno de mis más eficaces colaboradores en mi carrera militar, y selló con su sangre su adhesión a mi persona.

Mi hermano era muy afecto a todos los ejercicios atléticos, y como su constitución era robusta y muscular y se había dedicado a la gimnasia, llegó a adquirir una gran fuerza física. Estaba dotado de cualidades especiales para soldado, y siempre dió pruebas de ellas en todos los combates que sostuvo, en los cuales demostró mucho valor y una gran serenidad. Tenía talento natural aunque poco cultivado, era jovial y a veces y en momentos solemnes hasta chocarrero. Estaba dotado de grandes recursos para la guerra, y en los instantes de mayor peligro, le ocurrían los arbitrios más felices y los ardides más ingeniosos y de mejores resultados.

Comenzó Félix su carrera en el Seminario de Oaxaca en el año de 1846, y permaneció allí muy pocos meses y sin llegar a sufrir ningún examen. Lo pasé después al Instituto en donde estudiaba yo, y allí cursó los dos años de latinidad, el primero con el Lic. Felipe Vargas, y el segundo con el Profesor Don Román Cerqueda.

Estaba estudiando primer año de filosofía en el Instituto de Ciencias y Artes del Estado, con el Profesor Don Francisco Cerain, cuando me manifestó decidida vocación por la carrera militar, al grado de ir a presentarse como voluntario a un batallón de artillería, que mandaba en esa época el Teniente Coronel Don Alejandro Espinosa.

Como no me gustaba que adoptara la carrera militar, sin tener estudios correspondientes, conseguí del Gobierno su baja en el batallón y que viniera a México a sentar plaza en el Colegio Militar; lo cual se me facilitó por las relaciones que Don Marcos Pérez tenía en la capital.

Fué contemporáneo en el Colegio Militar de Don Miguel Miramón, quien era Capitán de su compañía. Después de dos años de estudios en el Colegio y cuando había sufrido los exámenes correspondientes, entre los cuales se encontraba el de las armas tácticas, salió para alférez del 30. de caballería, que mandaba el Coronel Don Mariano Moret, cuya matriz estaba en el Fresnillo y se ocupaba de la guerra contra los indios bárbaros.

Fueron tres los oficiales destinados a este regimiento, mi hermano y otros dos alumnos que eran también oaxaqueños, llamado uno Ramón Monterrubio y el otro Maximiano Bolaños. Bolaños solicitó su baja después de pocos meses y se retiró para Oaxaca. Monterrubio pasó después de pocos días al batallón de Guías. En consecuencia, sólo mi hermano continuó en el 3er. regimiento.

No recuerdo episodios importantes de su carrera en ese período, aunque le oí referir varios muy notables, especialmente uno en que le tocó defender un convento en San Luis Potosí: sólo sé que hizo una campaña muy activa con los indios, y que le quedaba una cicatriz de herida causada por jara.

Ascendió sucesivamente hasta llegar a ser Teniente Coronel, y militó en las filas conservadoras, porque como él estaba en el ejército cuando el General Santa Anna volvió al poder en 1853, y todo el ejército permanente lo reconoció, mi hermano siguió por supuesto a sus camaradas.

Cuando yo me hallaba en Tehuantepec, en los años de 1858 y 1859, mi hermano se sintió profundamente disgustado al saber que yo militaba en las filas contrarias, porque no podía él faltar a sus compromisos, sin cometer una mala acción. En una de tantas noticias falsas que daba la prensa,

se aseguró que yo había muerto en un combate en Oaxaca, y esta noticia que mi hermano vió en un periódico, lo decidió a separarse de las filas reaccionarias, y aprovechando la circunstancia de encontrarse ya no en filas, sino en el Estado Mayor del General Don Leonardo Márquez, abandonó a este partido y vino a presentarse a Oaxaca en marzo de 1860, a la sazón en que sitiábamos a aquella ciudad, a las órdenes del General Rosas Landa.

Allí supo que no era cierta la noticia de mi muerte, y sin embargo tomó servicio en nuestras filas, de las que ya no volví a separarse.

Me acompañó en todas las operaciones del segundo sitio de Oaxaca, en nuestra retirada a la sierra de Ixtlán, en la batalla de Ixtepeji, en la acción de la hacienda de San Luis, y en la toma de la capital de Oaxaca.

Después de la victoria que obtuvo en las Sedas, de que hablé en su lugar, salió con la brigada de Oaxaca a las órdenes del General Salinas y se incorporó en Tehuacán con el General Ampudia.

Hizo toda esa campaña y su cuerpo era la única caballería que tenía la División en los momentos de ser derrotado el General Miramón en Calpulalpam. Él fué quien recogió todos los prisioneros que pudimos hacerle a Miramón, en su retirada para México. De suerte que a nuestra entrada a la capital de la República, su regimiento estaba en alta fuerza.

Concurrió después a la batalla de Pachuca el día 20 de octubre de 1861, prestando en ella importantes servicios.

Fué el primero que cruzó sus armas con los franceses, cuando éstos, faltando a su palabra de honor, retrocedieron de Córdoba, violando el armisticio que habían celebrado. Hecho prisionero, se evadió en medio del enemigo, y en presencia de una fuerza francesa compuesta de las tres armas. Por no anticipar los sucesos, no menciono aquí, pero lo haré después, los demás hechos de armas en que me acompañó.

XVIII

SALIDA DEL ESTADO DE OAXACA

1860

Durante el resto de agosto, septiembre y parte de octubre de 1860, nos ocupamos de organizar una columna que, según órdenes del Gobierno Federal, debíamos conducir a Tehuacán y ponernos con ella a las órdenes del General Don Pedro de Ampudia, quien mandaba una División de fuerzas liberales de Oriente, compuesta de tropas de los Estados de Puebla y Veracruz. Hecho este trabajo y después de sanar de mi herida de la que duré enfermo como un mes, emprendimos la marcha con 1,200 hombres a las órdenes del General Salinas, de quien era yo Mayor de Ordenes, saliendo de Oaxaca el 20 de octubre de 1860.

La columna se componía de los Batallones de Morelos, que mandaba el Coronel Velasco; Hidalgo que mandaba el Teniente Coronel Tiburcio Montiel; una batería, mitad de montaña y mitad de batalla, que mandaba el Capitán Don Gregorio Chávez, hoy Gobernador de Oaxaca; un regimiento de Lanceros que mandaba el Teniente Coronel Félix Díaz; y una sección de Cuerpo Médico y Ambulancia, que mandaba el Don Macedonio Muñoz Cano.

La guardia nacional de Oaxaca, aunque indisciplinada era una organización modelo bajo algunos aspectos. Los soldados peleaban como leones en Oaxaca; pero se resistían mucho a salir del Estado, por lo cual había el adagio de que los oaxaqueños "son valientes hasta el Marquesado", que es un barrio de Oaxaca. Yo contribuí a hacerlos cambiar a este respecto.

Algunos jefes de la guardia nacional, principalmente los Tenientes Coroneles Velasco y Montiel, no tenían mucha voluntad de prestar servicio activo fuera del Estado, y comenzaron a combinar una sublevación para que sus cuerpos y algunos otros se desbandaran al salir la brigada de la capital. Llegaron estos hechos a mi noticia y amonesté seriamente a dichos jefes, diciéndoles que yo resistiría ese desbandamiento y que a ellos los haría personalmente responsables de sus consecuencias. Me negaron que tuvieran tal intención y me ofrecieron que no ocurriría semejante cosa.

Sin embargo de esto, en la primera jornada que hicimos de Oaxaca, tuvimos una fuerte desertión y considerando yo que si esta continuaba daría malos resultados, determiné, como Mayor de Ordenes de la brigada y con autorización del General Salinas, que se distribuyesen todos los soldados entre los oficiales, dando a cada uno una lista de los que debían cuidar y que ellos fueran responsables de los soldados que se les encomendaban, bajo pena en la primera desertión que hubiere, de degradación, y de servicio como soldados rasos en otro batallón. No hubo necesidad de castigar más que a dos o tres oficiales, porque no ocurrió después ninguna desertión, y las marchas se hicieron sin novedad.

En Tehuacán nos incorporamos a la División del General Ampudia, y al llegar a Pachuca, con el pretexto de que estábamos en la inacción y de que no tomábamos la iniciativa contra el enemigo, los mismos jefes inquietos de Oaxaca, en combinación con los Tenientes Coroneles de Ingenieros Gaspar Sánchez Ochoa y Rodríguez Landa intentaron desconocer al General Ampudia como Jefe de la División, y poner en su lugar al General Salinas. Habiendo tenido noticia de este propósito, por mi hermano, a quien se lo comunicó Montiel, amonesté de nuevo a los descontentos, haciéndoles presente el descrédito que esto acarrearía a nuestra causa estando frente al enemigo, y manifestándoles que por mi parte resistiría semejante atentado. Logré que me prometieran no llevar a efecto esa combinación y cumplieron su palabra.

Permanecimos a las órdenes del General Ampudia en todas sus operaciones sobre la Mesa Central, ocupando alternativamente a Tepeaca, Pachuca y Cuautitlán; unas veces impidiendo movimientos de las fuerzas de Miramón y otras evadiendo golpes de mano que con fuerza superior intentaba contra nosotros y contra las otras fuerzas que rodeaban a la capital, habiendo

logrado Miramón dar uno el 8 de diciembre de 1860 con buen éxito a las que se encontraban en Toluca a las órdenes de los Generales Degollado y Berriozabal, a quienes condujo a México como prisioneros.

Así permanecimos sin causar al enemigo perjuicios que merezcan mencionarse, hasta que habiendo salido Miramón con una fuerte columna de la capital de la República, fué batido en Calpulálpam por el General Don Jesús González Ortega. Advertido el General Ampudia de ese movimiento por el General González Ortega, dispuso colocarse a la retaguardia de Miramón; pero como los correos no estuvieron muy oportunos, el General Ampudia recibió ya tarde el aviso, y no obstante la marcha forzada que hizo la División de su mando, llegamos a Tula siguiendo la huella de Miramón en momentos en que éste había sido derrotado en Calpulálpam el 23 de diciembre de 1860. No pudimos, pues, tomar parte en aquel combate, pero aprovechamos nuestras posiciones para recoger a muchos de los dispersos que iban con rumbo a la capital.

Reunidos con el Cuerpo de Ejército que mandaba el General González Ortega seguimos la marcha para México a donde entramos el día 4 de enero de 1861.

XIX
CARITA DE LA TLAXPANA

4 DE JUNIO DE 1861

El Gobierno constitucional, que aun permanecía en Veracruz, ordenó, por conducto del General Jesús González Ortega, que todas las guardias nacionales procedentes de los Estados, volvieran a sus hogares y dejaran las armas total o parcialmente, según dispusieran sus respectivos Gobernadores. En esa virtud regresamos a Oaxaca y en el camino encontramos al señor Juárez que venía de Veracruz con todo el personal del Gobierno.

El Cuerpo de Ejército del General González Ortega, lo mismo que todos nosotros, llegamos a México infestados de tifo que contaminó a toda la ciudad y que llevamos las guardias nacionales a nuestros respectivos Estados.

Al llegar a Oaxaca, sufrí el tifo y cuando volví a tener el uso de la razón, supe que la Brigada había sido puesta en Asambleas, en cuya condición quedaba yo también. Supe a la vez que había sido electo diputado al segundo Congreso de la Unión por el Distrito de Ocotlán, del Estado de Oaxaca.

Estando en la sesión del Congreso, el 4 de junio de 1861, se tuvo noticia de que el enemigo, a las órdenes de Márquez atacaba la ciudad, por la garita de la Tlaxpana. El presidente de la Cámara, que lo era en ese mes Don Blas Balcárcel, recomendó a los diputados que no se movieran de sus asientos, para que en el caso de que las fuerzas enemigas llegaran a Palacio, los encontraran cumpliendo con su deber. Entonces pedí la palabra, no obstante que nada había a discusión, y manifesté que,

siendo militar, suplicaba se me permitiera unirme a mis camaradas para combatir contra el enemigo. Se me concedió este permiso, lo mismo que al Mayor de Artillería Don José Antonio Gamboa, que también era diputado.

Nos dirigimos a San Fernando donde se encontraba la Brigada de Oaxaca a las órdenes del General Don Ignacio Mejía, que resistía a la columna invasora. El General Mejía se alegró de nuestra llegada porque estaba sin jefes subalternos, pues unos se encontraban enfermos en sus casas y el único que le quedaba acababa de ser herido, el Teniente Coronel Don Alejandro Espinosa. Inmediatamente me ordenó flanquear al enemigo, para lo cual puso a mi disposición la compañía de granaderos del primer batallón. Ejecuté en el acto esta operación marchando por un lado de los arcos del acueducto, sin ser visto por el enemigo, hasta salir al encuentro, cuando él no me esperaba, y su sorpresa y la energía de la carga, dieron por resultado la retirada de la columna invasora dejándonos muchos muertos y prisioneros. Una gran parte de la columna se metió, en su retirada, en una plazuela que había frente a la casa de la señora Pérez Gálvez, y estaba cercada por una reja de hierro, en la que ahora hay casas modernas, bien construídas y con jardines, y no teniendo salida, hicimos prisioneros a todos los que se habían refugiado en esa plazuela.

Según se supo después, el enemigo no tuvo tiempo de atacar formalmente la ciudad, sino que solamente se propuso hacer un simulacro de ataque con objeto de que no saliera fuerza de ella a molestar el grueso de sus fuerzas que entonces se acercaron mucho a esta capital, en su marcha hacia el Sur.